

¿QUE PASARIA SI QUIENES DECIDEN LAS POLITICAS EDUCATIVAS TUVIERAN A SUS HIJOS EN PLANTELES PUBLICOS?

Rosa María Torres
Ministra de Educación y Culturas

Una de las primeras críticas que recibió Bill Clinton al llegar a la Presidencia de los Estados Unidos fue su decisión de poner a su hija en un colegio privado, después de haberse declarado firme defensor de la enseñanza pública en su país. Esto, que al menos en Estados Unidos puede ser convertido en crítica pública y elevado a la categoría de incoherencia presidencial, es en verdad lo que hacen todos -o la inmensa mayoría- de presidentes en todo el mundo. Y lo que han hecho concretamente en nuestro país.

Entre broma y broma suele llamarse la atención sobre el hecho de que asesores y consultores en materia de políticas educativas tienen a sus hijos en planteles privados y que, por tanto, al no experimentar en carne propia las enormes carencias y problemas de la enseñanza pública, no se sienten mayormente comprometidos ni vivencialmente urgidos a cambiarla.

Entre broma y broma, no obstante, es preciso tomarse el asunto en serio. Otro sería en efecto el estado y el destino de la enseñanza pública si los altos mandos del poder, los decisores de políticas y de medidas educativas, tuvieran a sus hijos e hijas en planteles públicos. Otra serían las energías financieras y sociales invertidas en evitar los paros del magisterio, o bien en resolverlos de inmediato, aplicando no solo el rigor de la ley sino el de la coherencia entre el discurso y la práctica.

El presidente y sus ayudantes cercanos tienen a sus hijos (y nietos) en universidades, colegios, escuelas y jardines privados, a menudo estudiando en el extranjero. Allí mismo hijos y nietos del gabinete ministerial, del cuerpo diplomático y del congreso en pleno. Los funcionarios del Ministerio de Educación que pueden financiarlo no dudan en hacer lo propio. Igual cosa los abogados que redactan las leyes y decretos educativos. Investigadores, expertos y asesores nacionales e internacionales estudian y hacen propuestas de cambio para la educación pública, pero prefieren entretanto tener a sus hijos en planteles privados. Y nos asombraríamos de saber cuántos rectores y profesores de planteles públicos -incluso de los más pobres y apartados- tienen ellos mismos a sus hijos en planteles privados, haciendo los ahorros y los sacrificios económicos del caso.

El día que presidentes, vicepresidentes, ministros, directores, subdirectores, asesores, jefes, dirigentes gremiales y autoridades de todo tipo tengan a sus hijos y nietos en planteles públicos, empezará a modificarse en serio el panorama de la enseñanza pública. Entonces vendrá la urgencia, afluirá el dinero, se encontrarán los expertos, se afinarán los estudios, se apurarán las gestiones, se ejecutarán las decisiones. ¿Sería mucho pedir que el gabinete, los dirigentes gremiales del magisterio, los defensores de los derechos de la infancia, los promotores de una educación básica de calidad para todos, empezaran dando el ejemplo?.